

CAPÍTULO I

Llanto ante el cadáver de un hombre armado

Palacio del Condestable de Castilla,
en la falda de las Conchas de Haro,
noche del 3 de octubre de 1626.

La humildad conviene en paso angosto - la sombra arrodillada recordó las palabras del Arcipreste de Hita.

-El Oficio de Difuntos, *Cibrán*, que me canten el Oficio de Difuntos - fue la última orden de don Diego y así lo entonaban entre dos luces con voz tumbal los monjes llegados del cercano monasterio de Valvanera.

Ego vir videns paupertatem meam in virga indignationis eius.

Vetustam fecit pellem meam, et carnem meam. Contrivit ossa mea. (1)

El cadáver mantenía una sonrisa diluida y sardónica; la muerte no había podido borrar aquel sutil trazo resellado en el rostro de don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, aquella sonrisa que le había acompañado en todas las circunstancias de su vida. Fue mohín galante para las damas, mueca impertinente para sus adversarios, visaje inescrutable en la negociación política, pero Santana aquella noche sabía que tras ella don Diego pretendía transmitirle algo más. Algo hablado, discutido, *debullado*, decimos en gallego, con que cerraban tantas noches desveladas y que aquel Bacon de Verulam había instilado en sus oídos como el agridulce licor de la Duda, ni más, ni menos que el último arcano de la existencia y que ya sería durante muchos años el quid de sus conversaciones de horas y horas a lo largo y ancho de la dilatada trayectoria diplomática de don Diego y su secretario por los campos ensangrentados de Europa.

I: Yo soy hombre que ha conocido la aflicción bajo el látigo de Su

Indignación. Ha consumido mi carne y mi piel. Ha quebrantado mis huesos.

La del cadáver también era una sonrisa cáustica, en ella se plasmaba la confirmación de algo que sabía se iba a encontrar en el Más Allá, se dijo el secretario. Tal vez aquella desazonadora Nada, contra la que se enfrentaba con el escudo de su Fe, siempre discutida desde la apremiante y perentoria Duda.

*Et ego quanto recordatus fuero pertimesco et concutit carnem meam tremor.
Jerusalem, Jerusalem, Jerusalem convertere ad Dominum Deum tuum (2)*

-La culpa era de aquel maldito primer ministro inglés, aquel Bacon que tanta afición tomó a mi señor- se descubrió murmurando el secretario para volver a sus pensamientos y sus noches discutiendo de todo lo visible o lo invisible con don Diego trago a trago, ¡qué gran amigo fue de *Didaco!*, cómo se asombraba de los dichos dorados del que llamó *el viejo Esopo Gondomar* y así quiso coleccionarlos y hasta una lista de blasfemias españolas de las que decía que eran el ápice y epítome del ingenio humano. Algo que jamás podría crear una mente inglesa. Le apodábamos *Paquiño, sin duda el mejor talento de cuantos conocimos en las islas, tanto intimamos con él que quiso adentrarnos a mi señor y a mí en los arcanos de la masonería, pero no pasamos de las primeras tenidas y fue por contentar al rey Jacobo, Gran Maestre y cabeza visible del Rito Escocés que siempre saludaba a don Diego con el apretón de manos reservado a los iniciados, algo que ponía muy nerviosos a muchos nobles del Consejo Privado Real. Fue Bacon quien juzgó y condenó al pirata Walter Raleigh y fue buen degüello sobre el que supo levantar mi señor alta fama en la diplomacia europea. Pero de todo esto se ha de hablar más tarde e polo miudo.*

Los recuerdos se atropellan en la mente de Santana. Como el soliloquio del mar rompiendo contra los acantilados de su lejana Galicia, aquellas palabras mil veces repetidas unas veces como oración, otras como soflama o bramido militar, ahora resuenan en su cabeza:

- Osar morir da vida...

2: *Cuando lo recuerdo, me espanto y el estremecimiento se apodera de mis carnes.*

Jerusalem, Jerusalem, vuelve tu rostro al Señor tu Dios.

El mote de los Sarmiento, el lema de la vieja estirpe de don García *el Chivo*, el primero de su sangre que calzó espuela y ambicionó nobleza, el que leyeron ambos, casi niños, en la faja de la torre del homenaje del palacio de Fefiñanes cuando visitaron a don Juan Sarmiento de Valladares, su familiar y secretario de Felipe II, aquellas palabras se habían grabado a fuego en su memoria. En la de ambos. Rezaban así:

*Conócete a ti mismo. Por semejanza a Dios procede como hechura de su mano. Huye del vicio. Busca la virtud. Aborrece el ocio. Ama el trabajo. No seas soberbio, antes humilde. No mientas porque es la mayor vileza de los viles. Procura los amigos mejores que tú, pues con esto, la verdad, el secreto y la limpieza de alma nos sucede bien todo. Da lo que pudieres bien distribuido. No olvides los beneficios ni te acuerdes de las injurias y si quieres parecerte a Dios, ama, témele y atribúyete los triunfos logrados porque no hay otra Fortuna. Y por encima de todo advierte que **el osar morir da la vida** porque los honores se adquieren con grandes peligros y trabajos y no al brasero caliente de la casa encendida.*

La Hora, la de Quevedo, *todas hieren, la última mata*, se ha posesionado del ámbito y ha extendido una suerte de bruma parda y caliginosa por la semioscuridad de la capilla del palacio, el caserón del Condestable de Castilla en Casalarreina.

La noche húmeda y fría ha caído; están solos el exangüe noble y su secretario, el hombre que ha estado a su lado desde niño hasta su última empresa diplomática, desde la infancia su arca de secretos y confesiones.

Nadie llora ante el gran hombre revestido de su armadura de gala, las plañideras se han retirado y ahora *Cibrán* Santana en esta soledad puede dejar de contener, harto de tragársela, esa amargura salada que el decoro exige represar, *que costumbre es de varón mostrar entereza ante los embates del destino*. El llanto para las hembras. Es lo que han oído desde rapazuelos, pero ya puede romper la norma y llorar a su señor, a su amigo, a su hermano, pues eso han sido durante más de cuarenta años. Mañana volverán las reglas y protocolos del sepelio en Valladolid donde espera el áspero sayal de arpillera y la última cruz de ceniza en San Benito, hasta allá queda un buen trecho, muchas leguas.

El personaje yacente, a pesar de la sonrisa, está muerto. Durante los últimos años pocos momentos ha tenido de sosiego, pues su clarividencia previno larga guerra para España y a evitarla se afanó desde su natural irenismo pacificador en parar ejércitos, ¡hasta en el mismísimo campo de batalla!, como le dijo un lejano día el rey de Inglaterra, otro buen erasmista que odiaba y condenaba “la querrela entre príncipes cristianos”. Ahora ya es tarde y ha visto deshacerse todo su afán como una torre de arena frente al

huracán aleve. Toda Europa estalla después de armarse en secreto durante años de falsa paz, paz comprada con el oro español, pero paz al fin. Ahora por los cuatro puntos cardinales cajas, pífanos y atabales apellidan ciegamente guerra y nuevos ministros ansiosos de gloria baten la rebatiña de los parvos impuestos que aún quedan por grabar para levantar las últimas levas de jóvenes de cuantas naciones cose el dudoso hilo de las fronteras del continente. Ya no hay dinero para los mercenarios, los perros de la guerra, como los bautizó ese ateo y descreído que gobierna Francia y que tantos quebraderos de cabeza nos va a causar en el futuro, ese impío cardenal Richelieu que no dudó en aliarse con el Turco con tal de derribar a la Casa de Austria. Hemos estado en su toma de capelo, esa ha sido la última misión de mi señor, pues el rey francés Luis XIII le había invitado expresamente al cardenalato como embajador volante del rey de España a petición del nuevo purpurado que anudó una buena amistad con don Diego cuando terminamos la primera embajada en Inglaterra. Bien recuerdo que Richelieu no era más que un obispo recién presentado pero ya secretario de Estado para la Guerra y como temblaba perlático ante don Diego que le dijo tomándolo por el brazo:

-Sosegaos, ilustrísima, tenéis mala cara...

-Es el mal de la piedra que me impide dormir, embajador – respondió más calmado el mitrado.

Era en 1618 y volvíamos triunfantes por París tras acabar nuestra primera embajada en Inglaterra. Apenas llegados a la legación, vacía desde los tiempos del duque de Feria, encontramos sobre la mesa del embajador el nombramiento para mi señor. Embajador del rey de España en Francia. No podía haber mayor honor diplomático, pero don Diego no dudó en resignar el cargo... por patriotismo.

-*Cibrán*, si acepto esta golosina- me dijo no sin cierta pesadumbre- todos los tratos que hemos anudado sudando sangre a lo largo de estos cinco años se irán por el albañal de la Historia, serán lluvia y lágrimas y nada quedará de nuestro esfuerzo en Inglaterra. Perderemos para siempre la amistad con ese rey Jacobo que caerá en manos del Parlamento más calvinista, ya no habrá boda española del Príncipe de Gales, ni gozaremos de la neutralidad inglesa en Juliers, volverá la piratería a nuestros mares y a nuestras costas, los puritanos ingleses ayudarán a los rebeldes holandeses, caerá el catolicismo y todas las naciones desde Marruecos hasta Turquía y Moscovia serán hermanas de Saboya, Zelanda y Bohemia, quiero decir que se unirán contra la Casa de Austria para repartirse la túnica de Cristo.

Y así don Diego, incluso desoyendo a su esposa, mi señora doña Constanza que ya estaba enamorada de París, y cuya sofoquina le duró varios días, fue más leal a su rey y a su patria que a sus intereses y al bien de su casa y renunció a la mejor embajada tras la de Roma y su Santa Sede.

Richelieu por entonces poseía un carácter trémulo y agitado y mi señor había saltado la cincuentena mientras el purpurado apenas apuntaba a los treinta años; a pesar de su alto cargo pensamos que el francés se sentía algo cohibido ante la aplastante bonhomía de don Diego, mas ¡qué equivocados estábamos!, años más tarde cuando la boda de la infanta Enriqueta María con el que sería Carlos I de Inglaterra, la que debía ser nuestra boda, nos recordó el momento y se sinceró diciendo que su alteración y crispamiento de aquel lejano día que no olvidaba se debía a que el rey le había notificado con sarcástica sonrisa momentos antes el asesinato del favorito Concino Concini, su protector que tanto le había favorecido. Al día siguiente le llegaría su expulsión de la Corte siguiendo a la reina regente María de Medicis como todos barruntaban. Razón tenía para presumir su ruina, pero es un gato que cae siempre de pie y muchos disgustos nos ha de dar junto a ese encapuchado, ese padre Joseph que tan aviesamente me miraba en París y a mi señor don Diego, pero de eso ya habrá tiempo de escribir, ya...

Decía que esto hablaron en la boda de la princesa Enriqueta María y Carlos de Inglaterra, ¡cuánto cartucho mordió aquel día mi señor en la que debió ser nuestra boda!; y ¡qué jugada de ajedrez de Richelieu, vuelto a la Corte ahora como primer ministro!, genialmente vio la oportunidad de amarrar el enlace que Francia perseguía desde hacía veinte años y que nosotros habíamos despreciado por la infatuación de dos gallos como el Conde –Duque y Buckingham. Todo lo demás a negociar que era mucho y estaba muy embarrado se pudo haber solucionado pero no la antipatía, la tirria que se profesaban aquellos dos presumidos y jactanciosos, aquella *xenreira* hizo imposible la boda. A mi señor don Diego le tomo una alferecía que lo derribó por tres días en el lecho y que pensamos que era producto de un golpe de sangre al corazón pues perdió hasta el uso de la palabra. Cuando volvió no cesaba de repetir:

-Lo veía venir desde el primer día, *Cibrán*, desde el primer día que se conocieron en el Alcázar...

Pero dejemos esto para más adelante, que el cuento es largo y se resume en las palabras del embajador inglés lord Bristol:

-La vida es demasiado corta para convivir dos meses acompañando al marqués de Buckingham...

Por hoy dejemos aquel lejano dolor y recordemos el respeto que profesaba Richelieu a mi señor. ¡Aquella boda hubiera cambiado el mapa de Europa y tanto luchamos por ella! Cuando volvían los ingleses con la albarda del fracaso de la boda española pasaron por Nantes y al Príncipe de Gales se le ocurrió comentarle al ya primer ministro francés la carta de su padre, indignado por el fiasco de la boda con la infanta María en la que tanto creía. Richelieu, que como las buenas navajas afeita tres veces un pelo en el aire, se apresuró a ofrecerle la hermana del rey, la infanta Enriqueta María, una muñequita insoportable, apenas púber pero que cumplía con las expectativas de un buen enlace entre dos poderosos países. Lo demás es ya sabido y se contará luego, pero aunque con gran escándalo de Francia salieron expulsados los dos ingleses por el rijo de Buckingham que quiso seducir – otros dicen que lo logró- a la reina española Ana de Austria, harta de los desprecios de un matrimonio estragado por la homosexualidad de Luis XIII; lo cierto es que se llevaron bien atada la boda con la niña Enriqueta y un buen enojo entre las dos coronas que habría que cargar, y ya era el segundo, sobre las esbeltas espaldas del favorito Buckingham del que habrá que hablar más adelante.

Richelieu en la toma de capelo cardenalicio dijo a su rey que personalmente quería “tener a su lado a la cabeza más clara de Europa”, como rezaba la carta que recibimos en Bruselas y en París hubimos de estar “con las tripas en la mano y sirviendo a nuestro rey”. Mucho hablaron de Europa don Diego y el nuevo cardenal que le confesó su intención de acabar a sangre y fuego con los hugonotes de la Rochela.

Aquel viaje agravó más los males de mi señor que desde entonces estuvo nueve meses enfermo y baldado en Bélgica, allí nos llegó su último nombramiento de Gobernador del Reino y Capitán General de Galicia, otro título honorífico, pero no el prometido marquesado de Turonio y la Grandeza de España. Años más tarde me enteraría ya en España por boca de nuestro familiar el conde de Salinas y Ribadeo que cuando el rey iba a firmar los nombramientos de Grandeza de España en cuya lista estaba nuestro marquesado, ansiado desde los tiempos de Baltasar de Zúñiga, el Conde –Duque lo tacharía diciéndole al rey:

-Majestad, son muchos dos Sarmientos en una misma tanda para la Grandeza. Ya habéis firmado el Marquesado de Sobroso para el Conde de Salvaterra que anda a brazo partido con el indiaje por el Virreinato de Perú y es la rama más alta de esa Casa. Son buenas las remesas de plata que nos manda. Que espere un poco el marquesado para don Diego o mejor que lo titule el bujarrón inglés con quien compadreaba tanto... – así tan suelto de cuerpo daba carpetazo el gran favorito al único sueño que le quedaba a mi señor.

Aquel primer ministro estulto e infatuado que arruinó la gran jugada maestra que podría parar la guerra, el tipo que despreció con sus socaliñas ventajistas y catoliconas el casamiento de todo un Príncipe de Gales y por cuya culpa España quedará derrotada para siempre en esta guerra que tiene visos de ser eterna

Dicen que el rey levantó la vista del pergamino y le respondió:

-Mucho y muy bien nos ha servido Gondomar, siempre han sido buenos sus consejos hasta hoy. Guzmán, que vuelva a España y dadle Galicia entera, por lo civil y por lo militar y que entre sin falta en la próxima tanda. Es mi voluntad...

- Majestad, será vuestro deseo...- masculló obsecuente y humilde el favorito mimando una reverencia.

- Es y no lo olvidéis. Retiraos, conde... – un hilo de irritación había en el metal de la voz del monarca.

Ya no habrá tiempo para mi señor.

Muy lejos, a mil leguas de Palacio, en Bruselas, se amortecía don Diego sin poder moverse del lecho, flagelado por la fiebre y el agotamiento vital, pero su deber le impelía viajar hasta París y cumplir su misión. Después el láudano y el ansia de llegar a España y a Galicia, *miña arela máis querida*, lo mantuvieron con un soplo de vida como un cirio sin cera que se va requemando en sí mismo hasta hoy cuando al ver las Conchas de Haro y estrechar la mano de su amigo el Condestable ha exhalado el último hálito como el naufrago que llega a tierra y desfallece besando la arena.

En sus horas postreras el dolor había cedido dándole una tregua para recorrer con dignidad el paso honroso de las ultimidades. El alma dejó su cuerpo en un remanso de paz, la que el destino le fue denegando con encono por más que estuviera preparado para presentarse ante Dios, algo que hacía cada jornada, pues sabía que poco le quedaba en este mundo en el que sembró entre vientos de guerra su amor a la paz, a su patria y a su rey, tratando de huir siempre de su gran pecado, el de los hombres que han conseguido grandes logros: el pecado de la vanidad.

Lejos queda Valladolid y su Corte de la que fue corregidor, recuerda su secretario, cuando a manos llenas lanzaba monedas de plata, de su propio peculio, a la plebe el día que nació el primogénito real al grito de ¡Largueza, largueza!, luego sería ella, sonrío *Cibrán* Santana al evocar la imagen de la esposa doña Constanza reconviniéndole por su excesiva prodigalidad, tanta que aquel gesto hasta removió la envidia del favorito Lerma, *el Duque* por antonomasia, que jamás se lo perdonó y que se lo recordaría con acidez cuando mi señor hubo de pedirle mercedes, pero todo es pasado ya.

Para mayor desgracia mi señor vio morir a todos sus hijos varones, alguna hija le queda en oscuro monjío castellano, a su nieto Diego le queda el legado de continuar y sostener la grandeza de la estirpe, en fin, tener la entereza para saber varear tantas hileras de olivos como plantó su abuelo. Demasiada aceituna para un solo hombre, criado por una madre ..., pero si al nuevo conde le dejan allí estaré para sostenerle con el consejo y el recuerdo del recto proceder de don Diego, aunque su madre Aldonza de Sotomayor pesa mucho en las decisiones del conde mozo y se está criando en Córdoba...

De nuevo el secretario contempla el despojo del hombre yacente y el alma se le anega de añoranzas y recuerdos. Se le representa don Diego en el cuadro de aquel pintor áulico y Cortesano, Johannes Privitzer, un húngaro al servicio del rey de Inglaterra.

-Embajador Sarmiento, es mi deseo que os pinte y tenga yo esa tela en vuestro honor y el mío – así dijo Jacobo en los buenos días de la primera embajada.

En verdad que en la tela estaba nuestro embajador *ben melioratto*, como dijo aquel badulaque de embajador francés, el conde de Desmarets, que tanto envidiaba y admiraba a un tiempo a don Diego. Cierto es que lo pintó con una sombra de pelo, ¡a él que antes de los cuarenta tenía una calva más que limpia, hidalga, solíamos chancearnos con el verso de Quevedo! pero bien que supo captar los ojos, esos ojos tan agudos como fatigados y que parecen interrogar al espectador, sostenidos por unas añejas ojeras, las propias de un hombre trabajado por la edad y la sabiduría que es penetrar en los corazones de otros hombres. Los ojos y la sonrisa del que los ingleses llamaron *el Maquiavelo español*. No se llega impunemente al umbral de la senectud, solía decir entre risas mi don Diego. La nariz poderosa no descompone el conjunto antes bien lo aviva. Los aladares bien negros y poblados. La barba todavía más negra que cana, barbarrucia, recortada y afilada descansa en aquellas lechuguillas labradas y blanquísimas que eran la comidilla y el celo de toda la Corte inglesa, aficionada hasta la llegada del embajador español a la golilla teutona. Después, él impuso la moda sin tasa. Lo pintó sin arrugas pues no las tenía y su tez un poco olivácea por morena le cuadraba bien cuando fue motejado por los maldicientes puritanos como *Belial*, *el Demonio del Sur* y por las damas como el acicalado español, *polishing*, dijeron.

Ahora aquella piel es un pergamino casi transparente bajo el reflejo de los blandones que iluminan el catafalco. Una angulosa calavera se va dibujando al contraluz. Entre sus dedos engarfiados mi señor sostiene una cruz, la de Calatrava, que de calatravo se cruzó allá en su lejana juventud y ostentarla fue el último deseo que me expresó. La misma que apretó en su mano mientras su corazón exprimía su último latido.

Por un momento me adormezco y al espabilarme me siento helado. La capilla trasmite humedad, en la Rioja este otoño de vendimia abundosa se presenta frío. Me levanto con esfuerzo y salgo al claustro sombrío que circunda el jardín. Todo el caserón, más que palacio, despidе esa umbría tristeza de las viejas mansiones castellanas. Apoyado en una columna aspiro con ansia el aire nocturno y trato de sacudirme el ahogo del incienso y la cera. Vuelvo la vista a la tenebrosa capilla y contemplo el blasón de los Duques de Frías, Condes de Haro y Condestables de Castilla. Su titular hoy, don Bernardino Fernández de Velasco y Tovar, es hijo del gran amigo de don Diego en la Corte de Valladolid y luego en Madrid, asiduo del Corredorcillo de la Jaula y gran jugador de faraón conmigo y mi señor el conde. *El pacificador de Inglaterra*, llamaron al patriarca don Juan Fernández de Velasco que firmó las paces allá por el año 1605. En nuestras risas recordábamos aquellas palabras redondas y retumbantes oídas cien veces al linajudo provector: “Antes que Dios fuese Dios y los peñascos, peñascos, en Castilla y en León gobernaban los Velascos”. La casualidad y la fructuosa vendimia han querido que el joven conde de Haro se encuentre en estos predios a la sombra ejemplar de estos parrales y acompañe a mi señor en su muerte. Hombre humilde e impasible, al contrario que su padre que fue gran diplomático y decidor, su apocamiento le ha impedido obtener mayores honores y prebendas, siempre se conforma con decir que su nobleza no necesita de coronas que lo avalasen pues su sangre ya estaba bastante ennoblecida y que él sólo era un soldado aburrido en consejos de estado y en chinchorrerías palatinas mientras ansiaba el olor a pólvora y la carne requemada de las batallas. Ahora que escribo estas memorias diré que llegó a Virrey de Aragón y Gobernador del Milanesado, destinos donde tuvo que emplear largamente las armas contra el francés. Bien y a satisfacción de nuestra república cumplió con sus deseos y obligaciones.

La noche está tranquila y comienza a lloviznar, nuestro orvallo también quiere despedir a don Diego aun tan lejos de Galicia, pienso para mi santiguada y dejo que mis recuerdos me vuelvan a dominar. Como un halcón, su ave favorita, *Falcon Hispanus*, por la agudeza de su juicio llamaba a mi señor el rey Jacobo de Inglaterra, el imbécil más culto que ciñó corona, le motejó el bearnés Enrique IV; como un halcón alzo el vuelo, digo, y me elevo hasta Galicia, a nuestro Val Miñor, allí está el pazo en Gondomar, más cuartel que palacio como corresponde a un soldado, desde cuya torre del homenaje contemplaba don Diego la rada de Bayona cuyo castillo de Monterreal artilló y del que fue Capitán y Gobernador. Recorro en mi vuelo la ría de Vigo que tanto defendió ante las acometidas del Drake y libró hasta hoy y para siempre del achaque pirático, como reza

su nombramiento de conde. En vuelo rasante sigo hasta Toro donde comenzó su carrera política como el virrey más joven de la Monarquía Hispánica cuando Galicia se le quedó estrecha y de allí llegó Valladolid, donde hasta hoy descansa su gran biblioteca, ciudad que vio su triunfo como Gran Corregidor de Casa y Corte. Corte a la que acompañó a Madrid. Remonto y pico vuelo hasta Inglaterra donde dio a la caza alcance, pues lugar fue de sus grandes éxitos diplomáticos y después toda Europa: París, Alemania, el Palatinado, Flandes y regreso a la Corte, semillero de intrigas, envidias y ministros y siempre su deseo ansiado e imposible de retornar a Galicia. Ahora cargado de honores el rey ha tenido a bien firmar su retiro, destino del que ya no podrá disfrutar, ni de su marquesado para cuya firma sólo la envidia de Olivares ha parado la mano del monarca. Contra don Diego siempre los favoritos, el rey y sus hechuras, reyes de los propios reyes, validos aterrorizados por la sombra de alguien que valía cien veces más.

Ahora llueve con fuerza sobre los escobajos de los viñedos recién despojados. El relente me lleva de regreso a mi alcoba, el sueño se me ha huido y reviso los papeles de mi señor.

Al abrir la carpeta de cartas hallo la última escrita sin destinatario, inacabada y fechada en Bayona de Francia hace quince días.

Leo:

“El frío me muerde hasta la médula de los huesos; no me engaño, es la muerte que me obsede.

Ahora que se acerca el final recuerdo entre brumas aquel rapaz descablado de Gondomar que luchaba a pedradas contra sus enemigos de Vincios y que hoy es este anciano, incapaz de contar dolores tras dolores.

Después de tantos infortunios y desdichas, no más que otro hombre de mi tiempo, he tenido la suerte de que Dios me conceda un poco de tiempo para ir preparando mi último tránsito. En estas largas jornadas desde Flandes he tenido tiempo para pensar en todo cuanto debe preocupar a quien ya tiene su pie en el estribo de la última posta. Mi testamento está cerrado desde hace varios meses y dejo a mi nieto mi título y mayorazgo. Todo está en el sobre cerrado que le dirijo. Para el rey mi señor y su ministro el Conde de Olivares todo se lo digo en mi documento “Relación del estado de las cosas con Inglaterra”, que es también mi testamento político. Es demasiado orgulloso don Gaspar de Guzmán para tomarlo en cuenta y sé que dirá, como ha dicho otras veces, que soy un lermista viejo y resentido, pero si lo lee, que lo leerá, con el tiempo lo ha de

llorar, pues el reino no da para más y mucha guerra nos viene por Europa que ahora es tiempo de que Santiago cierre por el Sur y que Alemania proteja sola sus estados y su religión que tanta sangre ya nos han costado y tan pobres estamos que ni con tres potosís podremos contra franceses, ingleses y bátavos, que cuestión de tiempo es que se unan y nos quiten hasta las Américas. No quisieron ni el ministro, ni S.M. la boda con el inglés y ahora he tenido que asistir yo a la que nunca quisimos, a la de París, a descarmarme por ellos, para mi vergüenza que me pesaba la sombra y hasta la voz me dolía, pues los ingleses que antes se doblaban como juncos ante mí, ni me saludaron, pero no quiero hacerme mala sangre por la leche derramada.

Como dijo Horacio, vendrán los años malos y nos harán más necios, pues el error es un largo proceso y en él estamos desde hace más de veinte años, que esta política de hombres encantados ha sido un descabello del que todavía no hemos despertado, pero ya lo haremos cuando no haya tiempo, que la tardanza es cosa muy española.

Desde joven he servido a tres monarcas, mis tres Felipes y si tengo el cuerpo cosido de cicatrices más llevo en el alma puesta al tablero de su servicio, que nada, ni mi fortuna personal, ni mi salud y talento he excusado por ellos. Tarde supe que decir verdades no agrada a reyes. Ni a sus validos, ni a sus nepotes y bastardos.

Hace años que no está a mi lado mi esposa doña Constanza y su buen juicio, sus achaques no le permitieron acompañarme por esas tierras luteranas, he visto morir a mis hijos y con ellos se ha ido mi humor, mi ánimo y mi coraje. Algún surco dejo de mi paso por la tierra y asumo que un hombre como yo, que ha vivido más de una vida, debe morir más de una muerte.

Sé que llegaré con vida a España, pero intuyo que no regresaré a Galicia ahora que por fin me permiten retirarme allí, aunque mi deseo más ferviente es morir en mis heredades como lo que siempre he sido, un soldado, un fidalgo gallego.”

No estaba firmada, pues tal vez pensaba escribir algo más, pero supe que aquel documento sin destinatario estaba dirigido a mí, pues en tan pocas cuartillas estaba resumido cuanto habíamos hablado en las últimas jornadas.

Amanece y por la quebrada crestería de las Conchas de Haro pinta el alba su crepúsculo matutino, la hora de los caballeros andantes, decía mi señor el conde. He de prepararlo todo, queda un largo camino hasta Valladolid.